

CONTANDO RESISTENCIAS

José Manuel Hernández



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Para Fátima, Jonay y Ancor. Mis sonrisas. Mis desvelos.

Contando resistencias nace como un alivio, como un suspiro hondo que sube rápido desde los pies y sale por mi garganta, después de pegarle un buen grito al mundo que nos habita. Así es que vino este libro y así también camina: lento. Desafiando a las colas del super, a las agujas del reloj, a los bancos que te roban y a los que reclaman tu trasero, a los hombres superiores y a los gobiernos mediocres. A los globalizadores y al siroco que nos quema los ojos.

Palabra más palabra para contar las desventuras y fortunas de unas cuantas resistencias. Acariciándolas para que fueran un trozo de vida y no un repliegue, un acorazarse para aguantar. Limpiándolas y poniéndolas bonitas, para demostrar que resistir es, sobre todo, crear. A los cuatro vientos, o a los ocho, o a los veinticinco, gritamos alto que el amor resiste a la rutina, a la atrapadora creencia de pensar que todo transcurrirá según lo previsto.

Barruntamos, pues, otros tiempos por estos riscos. Recordamos que otras mujeres y otros años también amasaron luchas y todas juntas acabaron convirtiéndose en una hermosa pella de dignidad.

A cada rato saliendo al encuentro de las palabras certeras y caminando por el parque en busca de una historia y, ahora, no nos resistimos a una mirada dulce que nos invita a reconocernos nada más caiga la noche. Un recostarse en la arena negra y observar cómo el largo sol del verano es testigo del repentino amor entre dos lindas bicicletas. Ninguna de ellas lo sabe, pero con su enamoradiza actitud también andan por el mundo resistiendo.

Besándose y aguantando el feroz embate que la triste mediocridad ha emprendido contra la liberadora imaginación.

Estos cuentos que siguen eligieron hasta el momento de su nacimiento y, también, el de su final. Son cuentos rebeldes, de los que escogen su propio destino, sin interferencias, sin imposiciones y sin futuros predeterminados. O sea, que construyeron su propia vereda y hablaron lo justo de lo que quisieron.

Cada uno se fue construyendo solito, mirando alrededor o buscando en lo más adentro de mi cuerpo, para acabar mostrándose sin pulimentos, sin filigranas rebuscadas. Amigos del compromiso, tontearon con la militancia vital y se arregostaron con la utopía que nos ayuda a caminar. Despacito, como si de atravesar el dulce desierto que los saharauis tanto anhelan, se tratase. A lomos de un dromedario listo, que huele el agua a kilómetros, que sabe dónde están las matas verdes que le ayudan a sobrevivir, que camina y camina siguiendo las estrellas de la esperanza.

Periscopio en mano, buscamos afanosamente las razones más profundas de algunas resistencias que se mueven por este mundo nuestro. Acercamos nuestro hocico a la vieja Guatemala y descubrimos muertes que no mueren y que, o se encasquillan en la conciencia o bailamos y bebemos con ellas. Guerras que pasamos, también aquí, y que siguen ocultas, escondiendo a nuestros muertos porque si los nombramos, eso nos han dicho tras un efectivo centrifugado de cerebros, levantamos a los rojos fantasmas del pasado. Imaginándonos, como cualquier otra forma de resistir, en una calle de la revoltosa Habana, bajo la sombra de un árbol frondoso, construyendo nuestra propia película con las imágenes de una realidad bulliciosa, antiimperialista, buscavidas. Novelando despedidas con rosas rojas que abren caminos de libertad que, en este caso, dejan ya de mal resistir y empiezan a amar, que no es más que el inicio optimista de la resistencia más pletórica. Amar, crear, vivir, lanzarse a la mar azul y bucear hasta encontrar una estrellita que regalar a quien te llena de son-

risas que, en mi caso, son dos personitas que se acaban de instalar en mi vida de la Calle San Juan.

Uniendo palabras, tejiendo historias, construimos esta talleja, como las que hacen las mujeres tiernas del occidente isleño. Navegando por este Atlántico que nos rodea y que nos enseña islas de lapas, islas mágicas, islas de arena, islas con cuerpo de mujer, islas que se empeñan en esconder sus bellezas, para que no las amancillen, para que no las construyan. Andan también estas islas, aunque no seamos capaces de detectarlo, resistiendo. Con el silencio que se acumula de siglos, con la identidad que se refuerza cada día, cada minuto, cada segundo.

Así se fueron escribiendo estas historias en las que resistir es sinónimo de dignidad. Recogiendo fresas de árboles tan reales que parecen salidos de la exuberante imaginación de una dulce muchacha. Inventando personas que se mueven al revés y así son la mar de felices, rompiendo normas pero enamorándose como cualquier hijo de vecino. Contando historias de abuelas que amasan gofio con chocolate o que recogen castañas sentadas en el filito de la bruma.

Intentando que todas ellas, las chiquitas y las grandes, las optimistas y las pesimistas, las de aquí y las de allí, todas, transportasen un puñado de lo que soy y siento, de lo que somos y sentimos. Ahí van, pues.

RESISTENCIAS UNO. AMOR

EL ÁRBOL DE LAS FRESAS

Para Alicia, con un abrazo

Alicia habló con la tierra y el agua. Les dijo que quería plantar una semilla, que si le daban permiso para usar su fertilidad y les prometió que, cuando germinase y creciese y llegasen las frutas, les regalaría una. Habló sin miedos y sin complejos, en una larga conversación donde no faltaron sonrisas y lágrimas. Tampoco unos besos tiernos en la mejilla ruborizada de la pequeña mujer que, con este acto, desafiaba a todos los científicos de la razón pura y se atrevía a crear un mundo a su medida, donde podía conversar y pedir consejo a la tierra que sostenía sus pies y su vida. La misma tierra a la que el hombre, en su transcurrir por esta historia nuestra, le había quitado el alma y la había desprovisto de su poder mágico para convertirla, solamente, en valor de mercado.

Alicia pasó tiempo buscando al mejor embrión del futuro árbol. Escogió y escogió hasta dar con un granito que apenas parecía nada, frágil y delicado como ella misma. Lo cogió con la suavidad de las plumas, con el mismo cuidado que ponía cuando almacenaba los cristalinos huevos de su conejo inventado. Presionando levemente, lo puso entre algodones blancos, puros, como el color de la nieve de las cumbres o el de algunas nubes

que se quedaban disfrutando del solito y el cielo azul cada vez que llueve por las islas de su memoria.

En un frasco de cristal, Alicia metió el algodón y la semilla. Feliz y nerviosa, por la nueva vida que estaba por venir, se echó a andar por la vereda que la llevaría hasta las puertas del monte de los brezos. Allí está la tierra vegetal, transformada por siglos de existencia, que no hace más que moverse y renovarse, sin agotarse, sin interferencias en el lento trajinar que la lleva de la vida a la muerte y otra vez a la vida. Cuando llegó, también habló con los árboles y, tras un saludo cariñoso, les preguntó que si querían tener a un nuevo compañero y les pidió permiso para compartir su espacio. Las hayas, los brezos y un barbusano joven asintieron y le regalaron a Alicia unas cuantas hojas para que alimentara a la semilla no nacida.

Abrió un pequeño hueco con sus dedos y depositó la semilla, con el mismo cuidado que tenía su madre cuando la recostaba en la cuna de madera de castaño. La dejó allí unos minutos y aprovechó para hablar con ella y decirle que procurara descansar porque pronto iba a sentir cosas en su interior, como una pequeña revolución de la que saldría una finísima rama a la que tenía que ayudar para que alcanzase el aire y el sereno de la mañana. Dicho esto y tranquilizado el embrión porque ya sabía lo que tenía que hacer, le puso un poco de tierra húmeda encima, sin apretar demasiado porque Alicia sabía que la semilla necesitaría libertad de movimientos.

Todo esto en secreto, porque el mundo que ella creaba cada día era así, reservado y oculto a la mirada de los incrédulos. Sólo ella tenía ese poder de relacionarse con quienes sustentan la existencia y no pensaba contárselo a nadie. A lo mucho dibujarlo en sus clases de pintura para regalarle un poco de vida a sus amigos.

Alicia esperó paciente porque para la felicidad no es buena la prisa ni el agobio. Sabía que era necesario un tiempo, un espacio largo para que el ciclo iniciara su particular andanada. Dejó tran-

quila a la semilla y se despidió del monte hasta su vuelta, en la primavera.

Dos meses después volvió al lugar de la siembra. Un pequeño árbol, achaparrado, con una copa frondosa, la recibió en el zaguán de la casa de los brezos. Era la semilla, que con lo calentito del sol creció más fuerte y más rápido de lo esperado. Hasta tenía flores blancas y amarillas y Alicia se emocionó tanto que le dio un gran abrazo y de la emoción le salieron dos lagrimones que el árbol de las fresas agradeció infinitamente, pues ya llevaba unos días sin conocer la frescura del agua de los cielos y el alisio.

Contenta, vino rápido a buscarme y me emplazó para ir juntos, dentro de dos semanas, a ver el precioso árbol que nació de una conversación, de una ternura paciente, de una apuesta por lo que, a ojos de un racional cualquiera, sería un imposible. Pero Alicia nunca dudó del poder de sus deseos y, por una vez, quiso compartir su secreto conmigo.

La acompañé un domingo de mayo. No conocía aquel rincón de su isla imaginada y la curiosidad me recorría la piel, como un enorme reguero de hormigas charlatanas. Llegamos al pie del árbol que Alicia me había descrito y nos sentamos, descalzos, compartiendo juntos la generosidad de su sombra. Hablamos un ratito y cuando ya la felicidad se había instalado en nuestros cuerpos, Alicia le pidió permiso al árbol y recogió de sus ramas una fresa enorme y con sus brazos extendidos me la ofreció. Este es nuestro corazón, me dijo.